

La lectura, la escritura y las sutiles formas de la regulación

Diego Jorge Zanetti*

RESUMEN

Este trabajo tiene como centro de su inquietud problematizar los fenómenos de la lectura y la escritura desde sus múltiples funciones sociales: como reguladores y ordenadores del seno colectivo -a través de la legitimidad de sus narrativas dominantes-, el dinamismo de tales funciones y su operatividad técnica, el recorrido de sus intervenciones políticas y su incidencia en las prácticas sociales. La construcción de un pasado legendario y el componente mítico también de sus expectativas, fundadas sobre la base de las instituciones burocráticas modernas. El papel de la educación en la transmisión de esos valores, y su imbricación con las escrituras y lecturas contemporáneas.

Palabras clave: Lectura, Escritura, Regulaciones, Tecnologías, Memoria

* Diego Zanetti es Licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. E-mail: diegojz79@gmail.com

Seguimos hablando todavía de la «salida» y la «puesta» del sol. Y lo hacemos como si el modelo ptolomeico del sistema solar no hubiese sido sustituido, de forma irreversible, por el copernicano. En nuestro vocabulario y nuestra gramática habitan metáforas vacías gastadas figuras retóricas que están y firmemente atrapadas en los andamiajes y recovecos del habla de cada día, por donde erran como vagabundos o como fantasmas de desván."

George Steiner

1. Los días felices

Estudiar y analizar la práctica de la lectura en todas sus variantes teóricas y disciplinarias resulta imposible. Existen demasiados caminos teóricos y metodológicos. Tantos que sin acotar las opciones se correría el riesgo de construir una puesta en abismo. Sin embargo, esa improbabilidad vuelve necesaria la empresa. Nos urge porque es inviable. Esta trampa que propone el lenguaje, su poética, es cercana a la problemática que presenta el estatuto epistemológico de la comunicación. La selección -que al cabo permite el análisis- tiene un movimiento inverso: la revisión discreta pero constante de aquel horizonte inicialmente amputado.

En la lectura confluyen torrentes históricos, económicos, políticos, sociales, tecnológicos. Y aunque pudiéramos reunirlos a todos en un hipotético y utópico análisis no accederíamos al centro neurálgico de su ejercicio, tal vez por su cercanía con la problemática de lo humano. Al menos, siempre que aceptemos que la lectura excede sus propuestas técnicas. El dilema de la condición humana pareciera no pertenecer a las ciencias de la comunicación, pero al excluirla de cualquier problema comunicacional el mismo quedaría desvanecido antes de la propia solidez. En el caso del fenómeno de la lectura quizás haríamos bien en proponer la pregunta sobre el lenguaje antes que el recorrido por los misterios de lo humano; dar por supuestos algunos lineamientos tranquilizantes sobre la cuestión y seguir la marcha. Y aún así aquellas inquisiciones previas seguirían persiguiéndonos de manera inexorable. ¿Acaso no hay una visión de lo social y lo humano en cada nomenclatura conceptual que se utiliza con previa naturalidad y a veces con poca responsabilidad semántica? Pienso, por ejemplo, en la sociedad de la información. Por otro lado, ¿no había

fundamentos filosóficos respecto de la relación entre el individuo y el colectivo detrás de las disputas originarias en las ciencias sociales?

Ceder ante la tentación de un enigma tampoco sería una novedad para el campo. En los inicios propios de la carrera, se nos presenta el estatuto epistemológico de las ciencias de la comunicación como una posibilidad tan legítima como difusa. Expresaban Cambiasso-Grieco y Bavio en *Días Felices*: “El supuesto implícito que guía los desvelos de la mayoría en el campo sinuoso de las comunicaciones de masas parece ser el de asumir, sin demasiadas vueltas, la capacidad de la comunicación para convertirse en una disciplina autónoma. Después de todo, allí están las carreras y departamentos universitarios de Comunicación y una, a estas alturas, inabarcable Bibliografía al respecto para demostrarlo. Pero no sería la primera vez que una institución se funda sobre un equívoco de grandes proporciones. [...] Y así, los escasos debates en torno al problema discurren entre dos extremos cuyas consecuencias son igualmente graves: o se reduce la comunicación a sus efectos más visibles en los medios masivos, o se la difumina en categorías aún más etéreas como la de la *cultura*, con resultados poco alentadores en ambos casos. [...] Quizá sea tiempo de admitir que la pregunta sobre el estatuto epistemológico de la comunicación conduce a un callejón sin salida. Que carece de sentido buscar asentarla sobre bases tan aparentemente incontrovertibles como lo fue la *lengua* para la lingüística saussureana o la *literaturidad* para los formalistas rusos. Que postularle un objeto de estudio privilegiado y un campo específico no hacen más que minar sus potencialidades. Tal vez en esa seminal incapacidad para definir sus coordenadas radique su fuerza.” (Cambiasso-Grieco y Bavio, 1999:164-165).ⁱ

Habría que remontarse a los inicios de las ciencias sociales, al entramado racional que ofrendó un modelo para estudiar los fenómenos de la sociedad bajo la rúbrica de unas corrientes filosóficas y de intención científicas para su método. Cuando las instituciones estatales y comerciales reclamaban saberes sobre las regularidades de la psiquis colectiva, el origen de las decisiones de sus potenciales votantes y consumidores. Lo humano, el lenguaje, el estatuto científico en las ciencias

de la comunicación, las industrias del entretenimiento y el ocio, la sociedad de masas. Aquí es necesario ordenar este relato para no caer en una idea trunca, cercana al relato onírico. Para estos casos conviene hacer una división por géneros: los manuales de filosofía indican que los problemas filosóficos existen desde que el hombre es tal, y que la filosofía nace con su institucionalización en forma de discurso. Los filósofos la tienen más fácil. Al cabo, sabemos que quiso decir Bourdieu con eso de que cuanto más autónomo es un campo, mayor capacidad de imponer su lógica tiene, es decir *el producto acumulado de su historia*. Los astros no fueron favorables para el área de la comunicación. Sus problemas originarios no están marcados por una poética mítica y lejana, pese a que podemos identificar algunos momentos de su fundación discursiva o institucional. Existe un estatuto epistemológico, un discurso propio del campo de estudio y una incipiente historia, que dentro de algunos años dejará de ser incipiente. Y dentro de ese recorrido hay opciones. Aquí se vuelve necesario ordenar de nuevo, pero no ya el magma genérico, sino las características de cada conocimiento específico, al menos para no caer en la disputa por señas. Quiero decir: una cosa es una ponencia en el marco de un congreso de comunicación, otra distinta es un ensayo, otra el contenido de una nota periodística (cualquiera sea su soporte, esa sería otra cuestión) y otra bien distinta es un posible recorrido científico frente al mismo problema.

No se trata de un debate sobre la jerarquía de saberes. El ensayo ocupó un lugar relevante en los debates intelectuales de la Argentina naciente. También es reconocida la importancia política -en términos de visibilidad- del género periodístico. Y sabido es que el ámbito artístico, de manera ocasional, supo ofrecer un conocimiento de excepción o conformó discursos que superaron el entretenimiento para mutar en intervenciones metalingüísticas y políticas. Sin embargo, el conocimiento científico en el campo de las ciencias sociales nos lleva hacia otra dirección. Ciencias de la sociedad, de los hechos sociales. Introducción al Conocimiento Científico, Metodología de la Investigación, Teorías y Prácticas de la Comunicación. La ciencia tiene una serie de procedimientos, que incluyen (entre otros pasos) la constitución de un tema y un problema de investigación. La construcción de un objeto, un marco teórico, objetivos generales e inmediatos y el resto de los procedimientos vinculados a la forma

metodológica que se opte para manipular las variables y los indicadores. Se trata, en todo caso, de diferentes perspectivas para pensar a veces los mismos conflictos. Pero esa diferencia hace que los resultados sean distintos, y ese detalle que en apariencia es menor se convierte en un problema matriz para el campo.

Si las dificultades para desandar el estatuto en el campo de las ciencias de la comunicación no paraliza el campo, ni mucho menos, preguntar por la condición humana en una reflexión sobre la práctica de la lectura y la lectura, con el trasfondo de la memoria en ciernes, abre algunas preguntas en vez de clausurarlas. Desde ese lugar incierto, el campo comunicacional puede hacer un aporte significativo al estudio de estos fenómenos.

En *El mundo como representación*, Roger Chartier organiza tres polos para construir una historia de la lectura: el análisis de los textos, la historia de los libros y el estudio de las prácticas. De manera previa, despliega dos hipótesis. La primera indica que lectura es un proceso históricamente determinado; la segunda, que el sentido de los textos depende -en buena parte- de la forma en que son recibidos y apropiados. Así, Chartier incluye la materialidad y la historia en la medida en que la lectura encuentra su cauce a través de los gestos, los espacios y las costumbres donde se desarrolla. Junto a estas hipótesis, expone una serie de desplazamientos metodológicos. El que aquí importa es el que afirma la necesidad de reconstruir el estudio de algunas prácticas desaparecidas, entre ellas la lectura en voz alta. Contrariando una parte del eslogan (no dicho de manera peyorativa), pareciera que hoy -en el contexto que será luego desarrollado- el otro es más la lectura que la patria. Pero no porque se escribe para que otro comprenda o porque hay otros que necesitan de alguien que escriba. El otro es la lectura porque las modalidades de regulación social contemporáneas incluyen -como nunca- los resortes aceitados del funcionamiento discursivo y corporal. En este trayecto metodológico, propuesto por Chartier, la materialidad y el componente contextual tiempo-espacio se vuelven fundamentales en el fenómeno de la escritura y su legado.

Se puede objetar que la lectura siempre tuvo incidencia en las bases regulatorias de las sociedades occidentales, sobre todo en la constitución del ciudadano moderno, tras la emergencia de los Estados-Nacionales, el mercado internacional y el desarrollo pleno de las sociedades industriales. Para eso fue necesaria la democratización (o al menos la masificación) de la educación, la legitimación de un lenguaje y una historia oficial. La formación de un ciudadano capaz de reconocer los antojos de la legitimidad cultural y deleitarse con la instrucción que recibió de las industrias del entretenimiento. En ese contexto, la lectura también ocupó un rol central, tal como lo demuestra el panteón de la literatura nacional canónica. Pero en este tipo de organización social, conocida como sociedad de la información o pos industrial, la cuestión toma otros matices. El uso de la palabra, su estatuto público, desafia -pese a conservar su buen uso un grado de valoración positiva- las autoridades que hoy pasan por distintos fragmentos de lo colectivo. A la escuela le salieron competidores, nuevas instituciones, tecnologías y entramados sociales que influyen en los modos de practicar la escritura y la lectura. Los modos de construir el relato sobre nosotros y sus huellas que van quedando. Todos esos fenómenos hacen que la corporalidad y la lectura sean hoy intensos mecanismos de regulación. O al menos trataré de argumentar este sesgo de hipótesis a lo largo de este trabajo.

2. Ecos de la sensibilidad

En su ensayo *Presencias reales* George Steiner propuso una sociedad de puro discurso primario, donde, al menos en el terreno del arte, los juicios estéticos estarían dados por el diálogo que establecerían las obras entre sí, sin intermediarios. En ese sentido cobra relevancia la ejecución o la interpretación (en la música, la poesía o la prosa), porque cada una de ellas atesora un dejo de renovación de los significados que las obras tienen para develar.

“Un violinista, una partita de Bach. En cada uno de estos ejemplos, la interpretación es comprensión en acción, es la inmediatez de la traducción. Esta comprensión es analítica y crítica al mismo tiempo. Cada ejecución de un texto

dramático o una pieza musical es una crítica en el sentido más vital del término: es un acto de aguda respuesta que hace sensible el sentido. El «crítico teatral» por excelencia es el actor y el director que con el actor y por medio de él, prueba y realiza las potencialidades de significado en una obra. [...] Hay una prosa no menos importante concentrada en la articulación oral. Las diversas musicalidades, el tono y la cadencia de Gibson, Dickens, Ruskin, son más resonantes a la comprensión activa cuando estos autores son leídos en voz alta. La erosión de tal lectura en la mayoría de las prácticas adultas hay hecho enmudecer las tradiciones primarias tanto en la poesía como en la prosa [...] Los significados de la poesía y la música de esos significados, que llamamos métrica, son también parte del cuerpo humano. Los ecos de la sensibilidad que provoca son viscerales y táctiles.” (Steiner, 1992)

Aquí Steiner permite la inclusión de Chartier con su desplazamiento metodológico de recuperar la lectura en voz alta en sus funciones sociales, más allá del discursar hedónico o subjetivo. Pero hay que tener en cuenta la perspectiva diferente de los autores: Steiner escribía desde una mirada estética, mientras que la de Chartier correspondía a un ámbito más cercano a la sociología. Hecha la salvedad, hay que destacar las funciones que cumplió la lectura en voz alta en el contexto temporal propuesto por Chartier (Europa en los siglos XVI y XVII). En primer lugar, la doble función de comunicar lo escrito a la masa todavía analfabeta. En segunda instancia, las distintas modalidades de socialización que promovía a través del universo letrado de salón, la lectura en las tabernas y la lectura de la intimidad familiar. En tal sentido, (y esto será norma para el fenómeno de la lectura en todas sus formas) la lectura en voz alta era también una modalidad de regulación social; una parte constitutiva para la nueva definición de lo público. La lectura en voz alta fue una actividad constitutiva para el surgimiento de la esfera privada y un nuevo espacio público, articulados a través de aquellas sociedades de lecturas que funcionaban con relativa autonomía respecto del Estado.

La cita Chartier es contundente:

“Frente a la autoridad del príncipe, las distintas formas de sociabilidad intelectual (del salón a la academia, del club al café, del estudio a la sociedad literaria) definen, en efecto, un espacio de debate donde, deliberadamente, sea cual fuere su condición, las personas privadas pueden hacer uso público de su razón. Por eso, la lectura en voz alta tiene un lugar variable, pero siempre importante en esas reuniones mundanas y sabias, se sitúa en el nacimiento de una nueva definición de lo público, comprendido como la esfera crítica donde la opinión pública puede constituirse frente a la autoridad del Estado”. (Chartier, 1992: 138)

Desde una perspectiva más cercana a la de Steiner, Alberto Manguelⁱⁱ en *Una historia de la lectura* se detuvo en dos instancias espaciales para pensar la lectura en voz alta: el ámbito monástico y el laboral. Para el primero recuperó la Regla de San Benito -y en su seno, la importancia de la lectura en voz alta- como forma de ordenamiento dentro de la comunidad sacerdotal. Respecto del terreno laboral, Manguel recuerda la acción de la lectura en voz alta dentro de las tabacaleras cubanas a fines del siglo XIX. Allí la lectura de periódicos, panfletos y novelas por entrega llegó a operar como contrapeso a un inminente poder coercitivo. Un edicto gubernamental del año 1866 decía textualmente: “Se prohíbe distraer a los obreros de las tabaquerías, talleres y tiendas de toda clase con la lectura de libros y periódicos, o con discusiones ajenas al trabajo que realizan”. Vale decir que la mayor parte de los obreros entonces todavía eran analfabetos, así que la función de la lectura colectiva allí era similar a la expresada por Chartier en la Europa moderna. Y aquí hay un dato interesante: con la prohibición dada por el edicto, desapareció *La Aurora*, el periódico fundado por Saturnino Martínez (que además de fabricantes de cigarrillos era poeta), pero no las lecturas públicas, que por cierto -y a diferencia del claustro monacal- eran voluntarias, consensuadas y hasta festejadas.

Más allá de sus posibilidades poéticas de reconocimiento y encuentro social, la lectura en voz alta también funcionaba como un dispositivo de regulación. De sanción directa en el claustro monacal o de educación política en el ámbito laboral (más cercano en el tiempo), y hasta de configuración de lo público y privado en salón

erudito o la taberna solidaria. Es decir, ya sea para impartir una sanción o para el desarrollo de las capacidades del sujeto político, la lectura en voz alta oficiaba en sus funciones de dispositivo regulador.

Forma, Contenido, Regulación

Según Manguel, el primer registro de lectura en voz baja está registrado en las Confesiones de San Agustín, donde se describe a Ambrosio de Milán leyendo en silencio. Toda una rareza para los umbrales del siglo V, dado que desde sus inicios la palabra escrita encontró en la lectura en voz alta su experiencia dominante. Pasaron varios siglos y muchos ríos de tinta (procesos políticos, económicos, industriales, técnicos, etc.) hasta la llegada de la alfabetización masiva. Por lo que las lecturas públicas sobrevivieron hasta entrada la modernidad. De ahí que los textos medievales contenían guiños explícitos, incluso directrices, para una recepción más atenta.

Manguel también nos traslada implícitamente hacia la hipótesis de Chartier, aquella de la deuda entre el significado respecto de la forma material. La emergencia y el avance de la lectura en voz baja se conjugó con los procesos técnicos (la ventilación de las páginas), políticos-económicos (la llegada de la imprenta, la era industrial con la consecuente creación de los mercados nacionales y el mercado internacional, la alfabetización masiva, etc.) y sociales (una nueva concepción de las sociedades y del hombre, además de novedosas formas de representación).

Aquí conviene pensar una relación quizás un tanto arbitraria, pero que al menos me gustaría plantear. Por un lado, la separación gradual de los componentes textuales -que como todo proceso social relevante viene de larga data, incluso desde los rollos manuscritos, donde palabras y letras convivían sin que hubiera espacios entre sí-; por otro, la constitución de nuevas modalidades sociales y las transformaciones de lo subjetivo y la corporalidad; y un tercer elemento: los espacios habitables privados y públicos.

David Le Breton manifestó en *Antropología del cuerpo y modernidad* que en la Edad Media y hasta el Renacimiento el hombre no podía distinguirse de la trama

comunitaria y cósmica en la que estaba inserto. Estaba mezclado entre la multitud anónima, sin registros de la singularidad propia de la etapa moderna. La llegada del cuerpo racional, a partir del siglo XVI, delineó la fisonomía del sujeto, lo clausuró a partir de una carnalidad sin asperezas, a través de un cuerpo aislado, denigrado y pudoroso, con un rostro distinguible, y la rúbrica final materializada en la aparición de la firma.

Otra función de la lectura en voz alta (en tiempos remotos) fue la distinción de sentidos en ese universo de signos indiferenciados, previos a la ventilación de la página, y tal vez concomitante con la trama indiferenciada del hombre dentro del mundo. Y aquí retorno hacia aquella hipótesis un tanto arbitraria: la intuición de que no es casual que en tiempos de eficiencia técnica, económica y estética, los espacios habitables (privados y colectivos) sean en nuestra contemporaneidad cada vez más diminutos, quedando nuestros cuerpos y modalidades narrativas a merced de intervenciones cada vez más sutiles. Los talleres de escritura a veces parecieran manejarse con una lógica similar a la del mercado inmobiliario. Dispositivos que culminan con la domesticación de nuestras pasiones íntimas y públicas, con un cuerpo y un horizonte de expectativas estéticas encerrados en espacios cada vez más pequeños e inaccesibles. El ornamento y el exceso pasan a ser un desliz que debe ser ofrecido en sacrificio. Todavía sostengo en mi memoria una frase hermosa que me dijo un profesor en un taller de técnicas de escritura: "Tu problema es que querés que dada oración sea maravillosa, eso conspira contra el entendimiento de tus textos." Tenía razón el profesor, pero desconozco si sabía lo que en verdad estaba expresando. En ocasiones, la razón es un camino vacío. El nombre ya algo revela: técnicas de escritura. La palabra técnica, la palabra escritura. La razón vuelta un lazo en función de la razón práctica: comprender, armar cadenas lógicas, inferir, demostrar. La argucia sería más o menos así: reviso el nivel de mis ingresos para calcular la cantidad de metros cuadrados, la ubicación y el estado de aquellas paredes donde voy a pasar buena parte de mi vida privada. Ese apartado del contrato implícito lo entiendo, y hasta diría que lo acepto con encono. Pero estirar la lógica hacia el derrotero de la página en blanco, pensar las narrativas contemporáneas sólo desde la cuantificación de los recursos

como inversión de un resultado esperable me parece no sólo un acto de mezquindad, sino también una aberración. Demasiado caro podría salir la búsqueda, sino es que ya somos festejantes de esa opacidad creativa. Ya estudiamos lo que hicieron las disciplinas estatales con los cuerpos mediante la vigilancia, la violencia simbólica y la coerción. Fuimos notificados sobre las fuentes de inspiración carcelaria y otras regulaciones más sutiles. Aquí hay que parar las antenas. Las formas de construir el mundo, de representarlo y de narrar nuestras virtudes y desgracias contienen una dinámica latente de control social. La necesidad impostergable de rastrear un sentido lógico a cualquier producto cultural que legamos podría ser un síntoma. Obturar el resto de los componentes que forman nuestra condición humana es un gesto que, al menos, no deberíamos dejar de considerar. Si el proceso de civilización nos protegía de nosotros mismos, el derrotero que llevó a la lectura y escritura hacia estas planicies nos devuelve un nuevo rostro indiferenciado, pero esta vez por la rotunda incapacidad de salir de nuestras propias fauces. Anomalía que tal vez Norbert Elias no pudo conciliar.

Significado y sentencia

El mencionado avance de los blancos en las páginas conforma un proceso de metamorfosis de la forma redaccional que favoreció el desarrollo de la lectura silenciosa. Chartier argumenta que dicha imposición definitiva de los blancos sobre los negros fue posible por la multiplicación de los párrafos, que rompieron la continuidad textual indefinida. Estas transformaciones que los nuevos editores (con la multiplicación de lo impreso) produjeron entre los siglos XVI y XVII, fragmentando los textos en unidades, crearon nuevas obras, más propicias para un público que se iba alfabetizando. Estas modificaciones formales tuvieron su correlato en las mutaciones del lector y de la mirada del hombre sobre sí mismo. Hasta la Alta Edad Media, la escritura y la lectura eran al menos distantes. Es decir, el ejercicio lector no estaba dirigido de manera directa a la comprensión de la palabra escrita. Por su parte, Ellen Luptonⁱⁱⁱ afirma que la unificación de criterios de puntuación llegó con el desarrollo de la imprenta. Antes dominaba una dinámica arbitraria de la puntuación, más bien

intuitiva, estética o para reforzar extractos orales de los textos. Según la autora, la unificación llegó a través de un movimiento racional, que se desarrolló bajo un proceso social propicio para tales fines.

Ventilación del espacio e imposición de los blancos por sobre la mancha indefinida de sentidos. Avance de los procesos de racionalización, en conjunto con el naciente acceso de las masas a la alfabetización. La preparación del terreno a la idea de una ciudadanía marcada por la falta de misterios, de instituciones que operan en función de unas industrias del entretenimiento abarrotadas de estímulos visuales. La interiorización del miedo, el enroque entre la transgresión y el alivio que produce la mirada.^{iv} El mundo y el mercado se expanden, y el individuo cierra sus fauces, encoge sus garras. El desborde de las lecturas de bolsillo a través de la multiplicación de lo impreso. La transnacionalización de las economías y la homogeneización de las reglas gramaticales. La especialización de los saberes, los objetos industriales y la creación de un panteón militar y artístico. La disección de los criterios de humanidad. El surgimiento del Estado-Nación. La pérdida del aura a cambio de la autonomía y un mayor acceso a los bienes culturales. Las mutaciones técnicas narrativas y del proceso de reproducción técnica. El faro del lenguaje: guía protector y rector del horizonte de posibilidades. Cuando escuchemos a un escritor, artista o intelectual pidiendo por la liberación de la palabra o la necesidad de hacer estallar el lenguaje, deberíamos cambiar de canal, libro o sitio de Internet. No coman de ese árbol. Al menos, siempre que deseen abrir las ventanas por las mañanas y contemplar el radiante sol que aprendimos a contemplar, con esos colores, ese fulgor y esa necesidad de que sea un sol, con esos colores y ese exacto (y no otro) tipo de fulgor.

La presencia del Estado

Dice Pierre Bourdieu: “Si el Estado está capacitado para ejercer violencia simbólica es porque se encarna a la vez en la objetividad bajo la forma de estructuras y mecanismos específicos y también en la “subjetividad” o, si se quiere, en los cerebros, bajo la forma de estructuras mentales, de categorías de percepción y pensamiento”.

Bourdieu (1993) "Génesis y estructura del campo burocrático" Actes de la Recherche en Sciences Sociales, N° 96-97, marzo de 1993, pp.49-62.

Lo que encarna en el sujeto es la naturalización de esos actos de institución. La escuela contemporánea fue el aparato de Estado por excelencia en la construcción de subjetividades, sostenidas en una violencia simbólica que escondía la democratización (o masificación) de su propuesta. La escuela ofrecía un marco identitario, unas insignias patrias, una memoria colectiva y un espacio limitado que había que defender de la intromisión exógena y las turbulencias endógenas que hacían peligrar su buen funcionamiento. A cambio reclamaba una higiénica pasión, incapaz de mayores turbulencias.

Hasta la primera etapa del siglo XX, la escuela fue el aparato de Estado por antonomasia en la transmisión de los valores ciudadanos. Cosmovisión que encuentra su pureza en la historia común de la sociedad, su tradición y el conjunto de conocimientos técnicos que aspira para cada sujeto. En la democratización en el acceso y la ampliación garantizada por la coerción de la obligatoriedad quedaban afuera las rebabas culturales, las particularidades del lenguaje inmigrante que tanto caracterizaron Sarlo y Armando Discépolo.

De todos modos siempre hay espacio para el desvío, la contraoferta, el retuque. "El grotesco va brotando como la interiorización del sainete. O si se prefiere, es la forma superior de contenido de una forma inferior que, en este caso, representa el sainete". (Viñas, 1988)

La relación que establece David Viñas entre el sainete y el grotesco involucra la ambivalente convivencia entre lo alto y lo bajo, lo divino y lo profano. El choque entre el proceso de domesticación ciudadana y la violencia lingüística de lo ilegítimo, que escamotea las imposiciones higiénicas del sistema educativo. El lenguaje, su dinámica compartida, como dinámica del cuerpo. El desborde que se intenta ocultar, los individuos sin protuberancias ni fluidos. El cuerpo y los arquetipos de la representación del arte y la comunicación regulados y autorregulados. A propósito, Norbert Elias expresó que la civilización es un proceso inacabado, que no es conciente

ni racional o planificado, pero que ajusta sus patrones de conducta y modulación de los rasgos de la sensibilidad. Así, el monopolio de la violencia física legítima se conjuga con el ordenamiento de la autoacción que el individuo desarrolla. Miedo y vergüenza interiorizada en nuestra cotidianeidad corporal y social, extirpando las capacidades festivas de la manifestación carnal, aunque protegiéndola de la súbita aparición de la violencia.

Simular conocimientos y regocijo

El Estado forjado en la sociedad industrial presenta una crisis que nadie vislumbra pasajera. Desde fines del siglo XIX, el Estado-Nación fue el eje articulador de la sociedad. Hasta que una serie de reconfiguraciones económicas y políticas empezaron a erosionarlo, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX. Tal vez la más visible sea el incipiente agotamiento del modo de producción, circulación y acumulación del capitalismo industrial. Movimiento que tiene su continuidad en la caída de la sociedad salarial.

Dice Guillermina Tiramonti:

“¿Qué efectividad puede tener una sociedad que genera desocupación, un cuerpo fundado en una ética que tenía como supuesto la incorporación de los individuos a la sociedad a través del trabajo? La caída de la sociedad industrial supone también la caída de sus marcos normativos [...] El nuevo tipo societario está acompañado por una serie de cambios en las instituciones que estructuraban la sociedad industrial y enmarcaban la existencia de los sujetos” Tiramonti, (2004) “La trama de la desigualdad educativa” Revista *Diálogos Pedagógicos*.

Lo que cambia es la relación entre la sociedad y el sujeto. Surge una individualidad que la autora presenta como la desintegración de las certezas de la sociedad industrial y la compulsión a encontrar seguridades individuales. Ese derrumbe trajo consigo la falta de estabilidad, de bienes garantizados y vínculos

perdurables. El Estado también modificó su fisonomía y funciones. La desindustrialización provocó una crisis de proporciones. Pero no se trata de una revolución, sino de la ruptura de la organización estado-céntrica de la sociedad y la debilidad del entramado institucional asociado a esta organización.

Nuevos artefactos letrados, TICs, Sociedad de la Información y memoria restringida

Para integrarse a la órbita de la sociedad industrial, los países debieron cumplir una serie de condiciones. *Los seis pilares de la política digital* se llama el texto donde Henoch Aguiar enumera dichas bases: sistemas de transporte, concentraciones urbanas y una educación adecuada. La argumentación avanza sobre los requisitos para crecer en el entorno de un mercado internacional novedoso, donde priman economías digitales y la evolución de servicios por sobre la producción y circulación de productos. Aguiar sitúa el problema en el campo educativo y en la necesidad gubernamental de invertir en un plan de digitalización adecuado. El arribo a la competitividad digital sería el prólogo del desarrollo económico y el consecuente acceso a una sociedad con una mayor participación ciudadana en los repartos de las riquezas. Está claro que este tipo de economías empiezan a depender en buena parte del saber, de esta reubicación social del conocimiento, que pasa a ser elemento fundamental e insumo clave en la dinámica de la economía y la demanda del mercado de servicios.

Esta recomposición no es inocente ni gratis, podría haber dicho Martín J. Barbero a partir de los desórdenes que padece el conocimiento. El saber ya no está supeditado bajo la forma idílica del progreso bienintencionado. En segundo lugar, la generación de un nuevo modo de producción que quiebra la relación entre las máquinas (que dejan de ser plena exterioridad) y el sujeto (con quien conforma una relación híbrida). Un tercer descentramiento estipula que parte de los saberes contemporáneos circulan y se hacen fuertes fuera del ámbito escolar; proceso concomitante con la desaparición del eje letrado en occidente. Lo cual no pareciera ser

el Apocalipsis. Existieron culturas donde el libro no ocupó un lugar central en la vida de sus componentes, agrega Barbero.

Las nuevas tecnologías ofrecen una denominada multimodalidad en su producción (que articula registros y lenguajes diversos) y circulación de sentidos. Permiten además una mayor manipulación de la información y la constitución de comunidades virtuales. En palabras de David Buckingham^v, revisten una serie de competencias específicas: el conocimiento colaborativo y la legitimación entre pares. Texto, audio, fotografía y videos se imbrican para trastocar y reconfigurar la relación de los lectores con los textos y los lectores entre sí.

A propósito, Daniel Cassany observa la proliferación de lo que llama artefactos letrados, dispositivos materiales activados por las comunidades alfabetizadas. Para la mirada sociocultural que presenta este autor, leer implica reponer cada artefacto en su contexto, manipular sus prácticas y el horizonte de posibilidades que suscitan. En nuestros días, aprender a leer implica una actividad colectiva de interiorización del funcionamiento discursivo de cada artefacto, la incidencia que reviste en los ambientes donde circulan y saber utilizarlos dentro de la maraña de las instituciones que median en el proceso de construcción de sentido. Debido a la proliferación de estos artefactos letrados, este autor asegura que se lee más de lo que se hacía en las generaciones previas. En términos prácticos, la cotidianeidad reclama no sólo una persona alfabetizada a la manera clásica, sino personas alfabetizadas digitalmente, que sepan navegar en el sentido indisociable de signos audiovisuales y textuales. De todos modos, Cassany explica que no todos los artefactos interpelan cuestiones humanas más intensas. Leemos también más basura, afirma.

“Leer es una empresa mucho más diversa, abierta, variable, dinámica, compleja y apasionantes que antes. Aprender a leer y enseñar a leer constituye auténticos desafíos para una comunidad que aspira a ser más letrada y, con ellos, más democrática y feliz. Quizá esa realidad pueda servirnos para adoptar un punto de vista más humilde y comedido, más respetuoso con la diversidad y más comprometido con

la justicia” Cassany (2006) “Prácticas letradas contemporáneas. Claves para su desarrollo”. *Conferencia dictada en el marco del Ministerio de Educación de España.*

El diagnóstico sobre el devenir de la lectura y ciertas complejidades de su práctica parece acertado, pero el resto de las expectativas genera serias dudas. Parece poco probable que el acceso a una sociedad más respetuosa de la diversidad o la justicia dependa de ciertas transformaciones del orden tecnológico-económico. Difícil que el arribo hacia una lectura más compleja y crítica aliente a tener una sociedad superadora. Hay condicionantes previos y posteriores que tienen igual o mayor incidencia. De todos modos, es pertinente una reflexión sobre las nuevas modalidades lectoras, porque detrás de esas prácticas hay formas de construir y narrar el mundo, lógicas hereditarias de comportamiento y marcos culturales respecto de la otredad, la memoria y la eficiencia. Los valores que esgrime Cassany son deseables, pero si no encastran en la lógica de la eficiencia parecieran volverse un escollo para los resortes económicos. Porque así también se construye una historia, una memoria de lo que supimos ser y pensar, a partir de bases imperceptibles que no tienen que ver con una sociedad más ecuanime entre sus horizontes. La estructura anímica, política, económica y narrativa que tenemos, parece antagonista con la posibilidad de generar comunidades que busquen la ecuanimidad y el respeto por la diversidad. En todo caso, la crisis de la alfabetización clásica no debe ser pensada desde una mirada contemplativa de sus alcances.

Aprender a leer en el contexto de las comunidades letradas y el espectáculo del yo

Desde la misma perspectiva sociocultural, Judith Kalman presenta la lectura contemporánea desde cuatro pasos: la disponibilidad física de los dispositivos, el acceso a la cultura letrada, la apropiación, y finalmente la participación activa. Ya no se trata de dominar la gramática del lenguaje, sino de la participación activa en una comunidad. La interacción que construye el acceso a la cultura escrita, que posibilita luego la apropiación. La práctica lectora dentro del universo digital requiere de un

aprendizaje adecuado de los dispositivos tecnológicos. Para ello hay que ampliar y profundizar en la tecnología, pensar los dispositivos como herramientas de percepción. Hibridaciones, diría Martín Barbero.

Por su parte, Paula Sibilia pregunta si estas nuevas formas expresivas impulsadas por las tecnologías de la información son vidas u obras, dado que ese *yo* opera como morada del individuo en juego con el género autobiográfico. La respuesta la encuentra en la escenificación de la vida privada, donde se revela un estatuto laxo del *yo*, a través de un tipo especial de ficción:

“Los usos confesionales de Internet parecen encajarse en esta definición: serían manifestaciones renovadas de los viejos géneros autobiográficos. El *yo* que habla se muestra incansable en la web suele ser triple: es al mismo tiempo autor, narrador y personaje. Pero además no deja de ser ficción, ya que a pesar de su contundente autoevidencia, el estatuto del *yo* es frágil. Aunque se presente como el más irremplazable de los seres y la más real en apariencia de las realidades, el *yo* de cada uno de nosotros es una entidad compleja y vacilante. Una unidad ilusoria construida en el lenguaje a partir del flujo caótico y múltiple de cada experiencia individual. Pero si el *yo* es una ficción gramatical, un centro de gravedad narrativa, un eje móvil e inestable donde convergen todos los relatos de un mismo, también es innegable que se trata de un tipo muy especial de ficción. Porque además de desprenderse del magma real de la propia existencia, acaba provocando un fuerte efecto en el mundo: nada menos que nuestro *yo*, un efecto-sujeto. Es una ficción necesaria, porque puesto que estamos hechos de esos relatos: son la materia que nos constituye como sujetos. El lenguaje nos da consistencia y relieves propios, personales, singulares, y la sustancia que resulta de ese cruce de narrativas se (auto) denomina *yo*.” (Sibilia 2008)

Puede que las economías hayan difumado sus centros, pero ello no supone la desaparición de las periferias ni de los ejes que articulan los sentidos de lo hegemónico. También es probable que la pantalla de los hipervínculos convierta en difusa la estructura jerárquica de los textos, pero ello no supone que no sigamos

leyendo y escribiendo nuestra historia -y memorias menores- sobre la base del pensamiento lógico-racional, ni que el eje letrado haya dejado sus funciones por completo. Los centros en las escrituras hoy son menos visibles en su territorialidad, lo que dificulta su posterior conversión en sustrato de memoria. En la lectura contemporánea encontramos múltiples soportes, géneros y maneras de entrar y salir. Y sin embargo, articulamos todavía nuestras ideas bajo los designios de un ordenamiento que en lo discursivo señalamos como lejano. Incluso la huida de Dios, en sus funciones de relato totalizador, parece efímera. Mientras haya discurso, habrá grandes relatos, al menos de manera subrepticia. Puede que nuestros relatos parezcan menores (íntimos) a comparación de la novela canónica del siglo XIX, para dar un ejemplo. Pero detrás de esas paredes que las novedades contemporáneas han instalados hay un magma que se resiste a difumarse y continúa firme en sus inquisiciones nocturnas, preguntándonos por la fisonomía de lo humano, sus angustias, vicisitudes y su devenir.

ⁱ Tal vez caiga en la inocencia o el anacronismo (el libro es 1999) pero no debe escaparse la idea sobre el equívoco. Pero en mi planteo -creo que coincidiendo con los autores- el equívoco conforma un horizonte de posibilidad. Cambiasso-Grieco y Bavio insisten en la cuestión y llegan a presentar la duda por el estatuto como intuitiva antes que sistemática.

ⁱⁱ Manguel, Alberto. *Una historia de la lectura* EMECÉ (2005)

ⁱⁱⁱ Lupton, Ellen: *Estilos de época. Una puntuada historia.*

^{iv} La idea pertenece a Norbert Elias, quien la desarrolla en *El proceso de la civilización.*

^v Buckingham, David. *Educación en medios.* Paidós, 2005